

DES-DICHADA PIZARNIK

Diana Patricia Villa López¹

*El invierno fue llegando cuando Pizarnik nació,
una nube en su mirada eternamente se alojó
¿Cuál verdad nos reveló? ¿Cuál palabra se escapó?
¿Qué pasó con la ventana que al final nunca se abrió?*

¿Hacia dónde corren las palabras? ¿Van tan rápido que no las alcanzamos? ¿o es que ella, la palabra, se ha dividido y todas sus letras, si acaso sus sílabas, van ahora en sentidos opuestos, fragmentándola y haciéndola inasible?

Escribir, escribir para dejar de ser enigma, escribir para entendernos, para comprendernos, queriendo ir más allá. Siempre más allá.

El que escribe, el escritor -pero hablemos en este caso de la que escribe, de ella- quiere hacerse menos enigma, des-enigmarse a través de su escritura, hacer devenir al yo que hay antes de la letra, pero hay una imposibilidad al escribir de decirlo todo, nunca lo que se escribe es suficiente para descifrar el enigma, de ahí que quien escribe, sigue siendo enigma incluso para sí misma. Más aún para quien la lee.

¹ Estudiante de psicología, Universidad de Antioquia. Correo electrónico: dianinter@gmail.com

Así como “críticos y poetas nos hablan de la imposibilidad de comprender perfectamente el poema” (Pizarnik, p. 509), yo hablo de la imposibilidad de descifrarse a través de la escritura. Algo se asoma, claro, algo se devela, pero no todo, precisamente porque no-toda es ella, porque algo de ella, queda por fuera del lenguaje.

Se sabe de los límites y, sin embargo, se desea seguir escribiendo para hacer devenir algo, para seguir intentando develar el misterio que es indevelable, aún.

En el seminario XX, Lacan nos habla de la lengua de La mujer, o mejor, de la no existencia de la lengua de La mujer, porque La mujer, está excluida de la naturaleza de las cosas, es decir, de la naturaleza de las palabras. Ella, La mujer, existe pues, a partir de la exclusión de las palabras. Ella es no-toda inscrita en el lenguaje (Lacan, 1975, p. 89).

En su conferencia sobre la feminidad, Freud nos dice, al final, después de mucho trabajar el tema de lo femenino: “Si ustedes quieren saber más acerca de la feminidad, inquieren a sus propias experiencias de vida, o diríjense a los poetas, o aguarden hasta que la ciencia pueda darles una información más profunda y mejor entramada” (Freud, 1932).

Este acercamiento a Pizarnik, es también un intento de saber algo más -a través de la poeta y de su obra- alrededor de la mujer. En sus *Diarios*, Pizarnik nos dice algo de la imposibilidad de apoderarse del lenguaje,

“el lenguaje me es ajeno, esta es mi enfermedad (...) todo tiene nombre pero el nombre no coincide con la cosa a la que me refiero. El lenguaje es un desafío para mí, algo que me expulsa, que me deja afuera (...). Dentro hay un vacío. O dolor. Espero una revelación. Espero que comiencen a hablar. Que se digan” (p. 519).

En esta mujer, sus diarios que son también su obra, nos revelan esa imposibilidad de La mujer para estar toda ella dentro del lenguaje, siempre algo queda por fuera, siempre algo es expulsado de la lengua y la deja a ella al margen.

En Pizarnik, lectora, poeta, y escritora prolífera, aparece paradójicamente el sentimiento de no ser capaz de decir siempre lo que se quiere decir, de que el lenguaje mismo la expulsa y la deja por fuera. Unas pocas palabras zumban desde su infancia “Si, pero lo que yo quería decir es que ...” (p. 519) y verse obligada a completar con palabras inventadas, con un idioma imaginario. “Traté de explicarle a I. lo que me sucede. Lo expliqué mal y no comprendió nada (yo tampoco lo comprendo)” (p. 565).

Es precisamente esta imposibilidad lo que le permite a ella, jugar con la lengua, decir y decirse, sin nunca acabar de decir lo que se pretende, lo que se quiere. “La pesadilla empieza en mis ojos abiertos, mis ojos de cazadora idiota que anda desde hace siglos por un bosque sin animales” (p. 523). Es acaso, ir detrás de las palabras, ir cazando palabras en un lenguaje ausente siempre de las palabras con las que el hambre quedaría saciada. Reconocer que el bosque está desierto de animales y aún así, seguir de cazadora.

Pizarnik nos habla del absurdo -pero necesario en tanto la imposibilidad de hacer otra cosa- de quedarse anclada a la escritura, de alejarse de todo lo demás, de todo lo que el mundo exterior ofrece por quedarse en un cuarto, pensando, por cuatro versos que nunca dirán lo que quiere. Ya no hay palabras que puedan narrarla (p. 553). “*Je ferai un vers du pur néant*” (p. 560).

De esta forma, ella se adhiere al lenguaje de las palabras como la única posibilidad de decir algo, de descubrir algo de sí misma, pero aún sabiendo, no acepta que siempre algo queda por fuera de esa naturaleza de las palabras, como si por un lado estuvieran las palabras y por otro lado estuviera ella. “No comprendo el lenguaje y es lo único que tengo. Lo tengo, sí, pero no lo soy. Es como poseer una enfermedad o ser poseída por ella sin que se produzca ningún encuentro porque la enferma lucha por su lado -sola- con la enfermedad que hace lo mismo (...) Este silencio de las palabras que me invaden, de las que digo y escribo, es el horror, el vértigo, el dolor en su estado más puro” (p. 569). Y continúa “Las palabras son mi ausencia, en mí hay una ausencia hecha de lenguaje. No comprendo el lenguaje y es lo único que tengo” (p. 1023). Acaso, Pizarnik nos muestra una no aceptación de esa mujer no-toda-ella en la naturaleza de las cosas, en la naturaleza del lenguaje. No aceptar que hay algo por fuera del lenguaje y pretender anular este algo de más, querer inscribirlo también dentro del lenguaje es lo que genera horror, vértigo y dolor. Querer hacer existir a La mujer dentro del significante.

Es evidente que Pizarnik sabe de esta imposibilidad, sin embargo, va siempre tras ella. Sabe sobre la imposibilidad de La verdad y de que esta sea dicha en la poesía. “La poseía es más bella en la medida en que se aleja de la verdad” (p. 570).

Ella, la poeta, la escritora, es exiliada del lenguaje, pero conserva la sed de poseer el mundo, de comprimirlo en un libro y apropiárselo. Solo mediante la escritura, mediante el lenguaje, ese del que está exiliada, acepta su existencia y su estar en el mundo.

Como un imperativo que se le impone, para ella no es posible vivir si no es mediante la acción del escribir, en este caso, poemas, que le develen quién es ella, para qué está en la vida. “Si no escribo hay algo que me niega, que me desaparece” (p. 1027).

La mujer, representa de esta forma una angustia referida al vacío, una angustia existencial referida al vacío de la existencia y aparece la imposibilidad de significantizar lo que significa ser una mujer, es decir, que este vacío y angustia existencial vienen a reafirmar el enigma de lo que significa ser mujer. “El lenguaje es la valla de los deseos, el lenguaje los recorta y los encierra (...) hablar o escribir es mi ingenuidad mayor. Tratar de contener lo que se desborda” (p. 616).

Pizarnik, es consciente entonces, o hay un atisbo de conciencia de que la poesía, eso por lo que vive, no puede dar cuenta de los deseos, ellos son recortados y encerrados por una valla que pone el lenguaje, y en tanto tal, dejan siempre algo por fuera, algo que no puede decirse con respecto a su deseo, que existe, sí, pero que no hay significantes que lo nombren, algo inefable.

Nos habla así de lo que sucede al tratar de armonizar el poema y de sujetarlo a las leyes ocultando de él lo caótico: se da paso a la mentira flagrante, a lo puramente falso. Es decir, no es suficiente con que la misma estructura del lenguaje permita el engaño, y deje por fuera la posibilidad de decir La verdad; se suma a esto, al hacer poesía tratando de ajustarse a ciertas reglas, caer en la falsedad en estado puro. Aún así, ella sigue con ojos de cazadora en un bosque sin animales. En la poesía, abstracta en sí misma, se reafirma la imposibilidad de volver tangible, concreto, aquello que se dice.

“Hablar de sí en un libro es transformarse en palabras, en lenguaje. Decir *yo* es anonadarse, volverse un pronombre, algo que está fuera de mí” (p. 629). Cuando hablamos, hablamos de un *yo* que sin embargo no nos define, el pronombre está por fuera de lo que somos y algo de lo que somos queda por fuera del pronombre y de lo que decimos de ese pronombre, es decir, del sujeto sumado al predicado, no hay correspondencia absoluta entre el significante que nombramos y el significado, la significación, y es esta no correspondencia la que hace estragos, la que demuele a aquel u aquella que quiere existir a través de la lengua, que quiere Ser en la lengua y a la vez no encuentra asidero en ella ni un lugar que la acoja. “Algo me separa rotundamente del lenguaje, de las palabras (...) tal vez para poder decir de mí, tendría que olvidarme de mí. Esto es un juego, trátese más bien de una niebla perpetua entre yo y las cosas, una carencia de luz, algo borroso, inasible, inaferrable” (pp. 674-675).

Hay en Pizarnik, la seguridad de que lo principal en relación al deseo es indecible y lo que se dice, lo que se escribe, es lo accesorio, aún así, la imposibilidad de quedarse en silencio la lleva a seguir diciendo imparablemente y la poesía aparece -no como una opción o una elección- sino como la única opción, como un destino, el destino de poeta impuesto fatalmente, y así, lo incomunicable se vuelve el infierno “yo escribo lo que no se puede y por eso engendro monstruos disonantes” (p. 826) se trata así, de sobrepasar los límites a través de la escritura, de decir lo que no se puede decir, pero ¿se logra?, si La verdad no puede decirse, aún cuando exista no puede ser dicha, entonces ¿qué es lo que se dice? ¿qué es lo que se logra? Arte, poesía, se logra la belleza y la creación artística, es decir, la

sublimación. Queda pues la obra que viene en su lugar, en el lugar de la artista, a decirnos algo de La verdad, a poner representaciones en un lugar en el que antes no había más que un vacío.

Pizarnik, es entonces marcada por el lenguaje y al mismo tiempo dividida por él, su falta es mostrada en el lenguaje mismo y en la imposibilidad de nombrarlo todo, es una falta que se devuelve a su Ser dejándola a ella, no solo dividida, sino en una suerte de infortunio. La falta de representación, de palabras que representen, de significantes que vengan a decir lo que es ella, hacen pues que esta mujer no pueda ser dicha en su totalidad, y en este sentido, su des-dicha.

Referencias bibliográficas

- Freud, Sigmund (1932). Conferencia 33: La feminidad. En: Obras Completas. Tomo XXII, Buenos Aires, Amorrortu, Editores, 1979.
- Lacan, Jacques (1975). El seminario de Jacques Lacan: Libro 20: Aun 1972-1973. Texto establecido por Jacques-Alain Miller. Ediciones Paidós. Buenos Aires-Barcelona-México.
- Pizarnik, Alejandra (2013). Diarios. Publicación a cargo de Ana Becció. Primera edición: noviembre de 2013. Lumen, editorial.